

La Bella y la Bestia



Madame Leprince de Beaumont

Ilustraciones de Walter Crane

Traducción y prólogo de Luis Alberto de Cuenca



HABÍA UNA VEZ un mercader que era inmensamente rico. Tenía seis hijos, tres varones y tres hembras, y como el tal mercader era un hombre de buen entendimiento, no ahorró nada en la educación de sus hijos y les dio toda clase de maestros. Sus hijas eran muy bellas, pero la menor era especialmente digna de admiración, tanto que la llamaban desde pequeña *la Niña Bella*, de modo que su nombre quedó así, lo que suscitó muchos celos en sus hermanas. La hermana menor no sólo era más bella que sus hermanas, sino también me-

jor que ellas. Las dos mayores tenían mucho orgullo porque eran ricas. Se las daban de grandes señoras y no querían recibir visitas de las demás hijas de mercaderes. Buscaban gente de calidad por compañía, e iban todos los días al baile, al teatro o a pasear, haciendo mofa de la menor, que empleaba la mayor parte de su tiempo en leer buenos libros. Como era público y notorio que esas niñas eran muy ricas, muchos importantes mercaderes las pidieron en matrimonio, pero las dos mayores respondieron que no se casarían nunca, de no ser con un duque o, al menos, con un conde. Bella (ya os dije que ese era el nombre de la hermana menor), Bella, repito, dio las gracias más sinceras a aquellos que querían desposarla, pero les dijo que era demasiado joven para casarse y que quería disfrutar todavía de la compañía de su padre durante algunos años. Mas hete aquí que, de repente, el mercader perdió todos sus bienes salvo una casita de campo muy alejada de la ciudad. Llorando, comunicó a sus hijas que no tenían más remedio que irse a vivir a esa casa y que, trabajando todos como campesinos, podrían salir adelante. Las dos

hijas mayores respondieron que no querían abandonar la ciudad y que tenían muchos pretendientes que serían muy felices desposándolas aunque ellas careciesen de fortuna. Las pobres damiselas se equivocaban: sus enamorados no quisieron mirarlas a la cara cuando supieron que eran pobres. Como nadie las quería a causa de su orgullo, decía la gente:

—No merecen que se les tenga lástima. Estamos encantados de que se les bajen los humos: que se hagan ahora las damas cuidando ovejas.

Pero, al mismo tiempo, todo el mundo decía:

—En cambio, estamos muy tristes por la desgracia de Bella. ¡Es tan buena! ¡Hablaba a los pobres con tanta bondad! ¡Era tan dulce, tan honesta!

Hubo muchos gentilhombres que quisieron casarse con ella, aunque no tuviese un céntimo. Pero ella les dijo que no podía decidirse a abandonar a su pobre padre en la desgracia, y que lo seguiría al campo para consolarlo y ayudarlo a trabajar. En un principio, la pobre Bella se vio muy afectada por la pérdida de su fortuna, pero en seguida se dijo a sí misma:

—Por mucho que llore, las lágrimas no van a devolverme lo que perdí. Debo tratar de ser feliz ahora que no tengo nada.

Cuando hubieron llegado a su casa de campo, el mercader y sus tres hijos se dedicaron a cultivar la tierra. Bella se levantaba a las cuatro de la mañana y se ocupaba de limpiar la casa y de preparar el almuerzo para la familia. Al principio tuvo que penar mucho, porque no estaba acostumbrada a trabajar como una sirvienta, pero al cabo de dos meses se hizo más fuerte, y las fatigas domésticas le procuraron una salud perfecta. Cuando había concluido sus tareas, leía, tocaba el clavicordio o cantaba mientras hilaba. Sus dos hermanas, por el contrario, se aburrían mortalmente: se levantaban a las diez de la mañana, paseaban durante todo el día y se entretenían echando de menos sus hermosos vestidos y su anterior vida social.

—Mirad a nuestra hermana menor —murmuraban entre ellas—: tiene un alma tan vil y tan estúpida que está contenta con su desdichada situación.

El buen mercader no pensaba como sus hijas. Sabía que Bella era mucho más apta que sus hermanas para brillar en sociedad. Admiraba las virtudes de esa niña y, sobre todo, su paciencia, pues sus hermanas, no contentas con dejarle hacer todas las tareas de la casa, la insultaban continuamente.

Hacía un año ya que esta familia vivía en soledad, cuando el mercader recibió una carta en la que se le decía que un barco que transportaba muchas mercancías suyas acababa de llegar felizmente a puerto. Esta noticia hizo que las dos hermanas mayores giraran la cabeza, pensando que por fin podrían abandonar el campo donde tanto se aburrían. Cuando vieron a su padre listo para partir, le rogaron que les trajese vestidos, pieles, tocados y todo tipo de fruslerías. Bella no le pidió nada, pues pensó para sí que todo el dinero que pu-



diera obtenerse a cambio de aquellas mercancías no bastaría para comprar lo que sus hermanas deseaban.

—Tú no me pides que te compre nada —le dijo su padre.

—Puesto que habéis tenido la bondad de pensar en mí —le dijo ella—, os ruego que me traigáis una rosa, porque aquí no las hay.

No es que Bella se preocupara por una simple rosa, pero no quería condenar la conducta de sus hermanas, que hubiesen dicho que no pedía nada para diferenciarse de ellas. El buen hombre partió, pero, cuando llegó al puerto, tuvo que afrontar un proceso por sus mercancías y, después de haber sufrido mucho, volvió tan pobre como antes. Le faltaban tan sólo treinta millas para llegar a su casa, y se alegraba ya pensando que pronto iba a ver a su prole. Pero, como tenía que pasar por un gran bosque antes de llegar a su casa, se perdió. Nevaba terriblemente, y el viento era tan fuerte que por dos veces lo derribó de su caballo. Se hizo de noche, y pensó que iba a morir de hambre o de frío, o que se lo comerían los lobos, a los que se oía aullar

alrededor. De repente, mirando en dirección al final de una larga hilera de árboles, distinguió una gran luz que, sin embargo, le pareció muy lejana. Se encaminó hacia ella y vio que aquella luz salía de un gran palacio que estaba totalmente iluminado. El mercader dio gracias a Dios por el socorro que le prestaba y se apresuró a llegar a aquel castillo. Pero se sorprendió mucho al no encontrar a nadie en los patios. Su caballo, que lo seguía, al ver una gran caballeriza abierta, entró en ella. Y al encontrar allí heno y avena, el pobre animal, que se moría de hambre, se lanzó sobre el pienso con avidez. El mercader lo ató en la caballeriza y se dirigió hacia la casa, donde no encontró a nadie. Entrado que hubo en una gran sala, se topó con un buen fuego y una mesa repleta de viandas en la que no había puesto más que un cubierto. Como la lluvia y la nieve lo habían calado hasta los huesos, se acercó al fuego para secarse mientras se decía a sí mismo:

—El dueño de la casa o sus criados tendrán a bien perdonarme por las libertades que me tomo. No creo que tarden en llegar.

Esperó durante un tiempo considerable, pero, al dar las once sin que apareciese nadie, no pudo resistir el hambre y, temblando, tomó un pollo que devoró en un par de bocados. Bebió asimismo algunos tragos de vino y, ya más atrevido, salió de la sala y atravesó varias grandes habitaciones, magníficamente amuebladas. Finalmente, encontró una alcoba donde había una buena cama, y, como era más de la medianoche y él estaba agotado, tomó la decisión de cerrar la puerta y acostarse.

Eran las diez de la mañana cuando se despertó al día siguiente, y se sorprendió mucho al encontrar un traje impoluto en lugar del suyo, que estaba muy deteriorado.

—Seguramente —se dijo— este palacio pertenece a alguna hada buena que se ha apiadado de mi situación.

Miró por la ventana y no vio rastro de nieve, sino macizos de flores que maravillaban la vista. Entró de nuevo en la gran sala donde había cenado la víspera, y vio una mesita accesoria en la que estaba servido el chocolate.



—Os agradezco de corazón, Señora Hada —dijo en voz alta—, que hayáis tenido la bondad de pensar en mi desayuno.

El buen hombre, después de haber tomado su chocolate, salió a buscar a su caballo y, al pasar debajo de una enramada de rosas, se acordó de lo que Bella le había pedido y cortó una rama en la que había varias. Al mismo tiempo oyó un gran ruido y vio venir hacia él a una bestia tan espantosa que estuvo a punto de desmayarse.

—Sois muy desagradecido —le dijo Bestia con una voz terrible—: os salvé la vida recibiendoos en mi castillo, y me ultrajáis robándome mis rosas, que es lo que amo más en este mundo. Vais a morir para reparar vuestro delito. Os doy un cuarto de hora para pedir perdón a Dios.

El mercader se hincó de hinojos ante Bestia y, juntando las manos, le dijo:

—¡Perdonadme, Monseñor! No creí ofenderos al coger una rosa para una de mis hijas, que me la había pedido.